

Hechos y Glosas

● ¿Qué entiende Ud. por Democracia, Sr. Figueres?

Durante la gira que acaba de terminar el Presidente Electo de Costa Rica por toda Suramérica, sus declaraciones han constituido el centro de la atención continental. Pero entre todas, han interesado sobremanera, por especiales circunstancias, las que hizo al despedirse de Bolivia.

Con entusiasmo no disimulado enjuiciaba en ellas a los actuales gobernantes en términos como éstos: "Providencialmente le vino a Bolivia, en este mediodía del siglo veinte, un grupo de dirigentes políticos capaces, estudiosos y honestos, movidos más por el espíritu de servicio al pueblo que por las vanas concupiscencias del poder".

Pero en medio de su entusiasmo se le escapó una frase que, cuando menos es inexacta, y que si es fruto consciente de madura reflexión, denota una ideología procomunista y bien podría ser suscrita por un líder como Fortuny: *"Hoy impera la democracia —prosigue refiriéndose a Bolivia— en el sentido de que el poder está en manos del pueblo. Y contra el pueblo no se puede luchar, cuando se encuentra como ahora, provisto de fusiles y de ideas"*. Desde luego, eso sabe fuertemente a "democracia popular . . . "

Por último, nos permitimos dudar de si el Sr. Figueres ha planteado bien el problema de la oposición al régimen de Paz Estenssoro. Por lo menos así lo hace temer esta conclusión de su discurso: "No, bolivianos, no admite defensa el pasado". Porque ella parece indicar que para el orador no se da término medio: el que se opone al régimen actual, quiere volver al anterior. Y sin embargo, cabe perfectamente una tercera posición: aplaudir la reforma social, que en Bolivia se imponía imperiosamente, pero protestar enérgicamente por la descarada intromisión del comunismo en el

gobierno de la nación. Y aun, si no bastaran los métodos democráticos para conjurar tan tremendo mal —que no siempre bastan, como lo prueba la dolorosa historia de la Cruzada Española . . . —, estaría perfectamente justificada una intervención armada de legítima defensa.

La misma Jerarquía Eclesiástica de Bolivia ha dado ejemplo de independencia de espíritu, alzando su voz cuando los acontecimientos políticos de su patria empezaban a tomar un sesgo peligroso, como pretendemos probarlo en un breve recorrido histórico de la revolución.

Sin embargo, no podemos menos de acometer esa tarea dominados por este angustioso interrogante: ¿Cómo se explica esa divergencia de pareceres entre el Sr. Figueres y el Episcopado boliviano, y qué significado tiene ese entusiasmo desmedido e indiscriminativo del primero en oposición a la mesurada y objetiva imparcialidad de los segundos, objetividad que no les impide alarmarse por el peligro comunista? Y el interrogante se agranda, cuando advertimos que los hechos parecen darles la razón a los Obispos.

Efectivamente, ya a principios de octubre de 1952, días después de un Congreso Nacional de Maestros reunido en Oruro —y al que no se admitió sino a maestros de tendencias marxistas... para poder tratar libremente de laicizar la enseñanza, implantar la escuela única, suprimir la religión como asignatura para incorporarla en la historia, apartar a la familia de la escuela, llevar la coeducación a colegios y escuelas y la iniciación sexual desde el ciclo primario... —la Central Obrera Boliviana lanzaba, en su diario oficial, **Rebelión**, un manifiesto comunista francamente incendiario, aunque, según explicaciones de Juan Lechín, su líder y simultáneamente Ministro de Minas y Petróleos, no se trataba más que de un “proyecto”.

He aquí algunas declaraciones alarmantes: “Ya no hay más posibilidades de coexistencia pacífica entre las fuerzas de la revolución y las del régimen capitalista que se derrumba”.— “La creación de las Naciones Unidas es un truco . . . Exigimos la expulsión de sus misiones”.— “No se trata de llevar un obrero al gabinete capitalista (Lechín), sino de tomar todo el poder para la clase obrera”.— “Entrega de los latifundios a los campesinos organizados (estatismo); la COB sostiene que la pequeña propiedad agrícola no favorece la tecnificación agrícola”.— “La clase obrera no puede supeditarse a la política oficialista de cualquier régimen que no sea el de los trabajadores”.— “Las manifestaciones y mítines son la forma en que la clase obrera debe expresarse contra el capital”.— “El destino de la revolución se liga estrechamente al destino de la propiedad privada, que sólo podrá ser superada por la acción revolucionaria de las masas; ningún otro método de lucha podrá liquidar ese fundamento del régimen capitalista”.— “La lucha anticapitalista y antiimperialista que comienza en el marco nacional también se extiende a lo internacional. La consigna que tiene validez es la de (formar) los Estados Unidos Socialistas de la América Latina”.

El hecho era grave y venía a confirmar los pronósticos que, basados en las declaraciones de Lafferte, habíamos formulado en nuestra orientación del mes de agosto de ese mismo año. Y lo que más llamaba la atención era que se atrevieran a hablar así. Ello no podía menos de significar que el P. C. se sentía fuerte en Bolivia, sobre todo si se atendía a que el Ministro

de Minas y Petróleos, Juan Lechín, como jefe responsable de las declaraciones de la COB, se solidarizaba con ese manifiesto, aunque no fuera más que por vía de proyecto. ¿Pecaría acaso de incauto el Presidente Paz Estenssoro cuando en los primeros momentos que siguieron al triunfo de la revolución declaró a un reportero de El Debate, de Chile, que "Aquí el comunismo tiene poca fuerza, aunque aliándose con los señores de 'La Rosca' —magnates del estaño— hizo caer a Villarroel"? (El Debate, 25 abril) Más clarividente parece haber sido entonces el Jefe de la Falange Socialista Boliviana cuando declaró: "Nosotros hemos atacado las vinculaciones comunistas del M. N. R. y la presencia del PIR como fuerza revolucionaria nos hace temer la desviación marxista de un partido nacionalista". Y tenía razón, pues el PIR, como lo ha probado posteriormente el trasiego tan normal de sus miembros al P. C., era ya el propio P. C. en embrión.

Pero lo más trascendental parece ser lo que el manifiesto supone. *Rebelión* —nos dice Gutiérrez Granier en las N. C. del 8 de octubre de 1952— llama al gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario el "partido de la pequeña burguesía nacionalista", y recuerda que el apoyo que la COB presta al régimen depende del cumplimiento de un programa anticapitalista: 1) nacionalización de las minas sin indemnización y bajo control obrero; 2) nacionalización de los ferrocarriles.

Ese aviso de una fidelidad condicionada, efectivamente, parece aludir a un pacto previo, bastante comprometedor para el gobierno. Porque, en sustancia, se trataría de haberse asegurado la colaboración de la COB haciéndole la promesa de semejantes nacionalizaciones *sin indemnización* a favor de la clase obrera . . . No es, pues, extraño que el órgano del MNR, *En Marcha*, y varios líderes del gobierno, hayan protestado violentamente. Y a decir verdad, no sería improbable que se tratara de una de tantas calumnias al servicio de sus tácticas, contra la que Paz Estenssoro declaró desde un principio estar ya prevenido: "Sabemos, sí, el peligro que existe de que el comunismo se infiltre en nuestras filas. Ellos siempre están presentes donde hay agitación auténticamente popular. No quieren quedar atrás. Su táctica es comprometer a los otros, mezclando sus propias y desprestigiadas consignas. Pero estamos preparados. Los desermascaremos y no les daremos un segundo de descanso". (El Debate, Santiago de Chile, 25 de abril).

No dudamos de la sinceridad de sus propósitos —los mismos militares en los sucesos de enero la reconocieron implícitamente excluyendo al Presidente de sus miras subversivas— pero no se puede negar que la corriente ha sido más fuerte que su buena voluntad. . . Por eso, si el reto fué valiente, no dejó de ser peligrosa la alianza, y quizá tuvo razón el Jefe de la F.S.B., quien declaró a un periodista a raíz de la revolución: "F.S.B. prefiere en su hora tomar la responsabilidad integral del poder, sin la menor vinculación a las fuerzas stalinistas ni trotskistas".

Y ciertamente, su hora ha llegado. Ya desde la nacionalización de las minas de Aramayo y Cía, la voz de los Obispos se ha ido dejando oír, reflejando fielmente el sesgo de los acontecimientos. "Ante la nacionalización de las minas, que significa una proeza de alta política, no podemos menos de congratularnos, por ser un triunfo y por constituir una de las bases del engrandecimiento de nuestra patria" —declaraba a la prensa Mon-

señor Isidro Antezana, Arzobispo de La Paz, — “Sin embargo, con ello no está hecho todo; debemos rogar mucho a Dios a fin de que salve a Bolivia de dificultades internas e internacionales”.

Y esa nubecilla que denunciaba ya Monseñor Antezana, un mes más tarde, en diciembre, la señalaba también el Arzobispo de Sucre, Mons. Maurer, pero convertida en una espantosa tormenta comunista que se les llegaba vertiginosamente. Y añadía un dato muy interesante: la actitud del gobierno. Lo más grave, según él era que “la pasividad incomprensible y a veces con complicidad criminal por parte de ciertas autoridades civiles preparan consciente o inconscientemente el rápido advenimiento del régimen comunista”. Bien pudiera referirse a los Ministros de Minas y del Trabajo, que habían firmado la petición de nacionalización de las minas de estaño en plan extremista. Lo cierto es que el peligro era enorme, según el Arzobispo, tanto, que no juzgaba fuera de propósito esta patética exhortación al martirio: “¡Católicos: todos en pie y preparados. Morir antes que esclavos vivir!”

Por eso en marzo vemos al Episcopado sumamente activo, organizando la escuela para dirigentes campesinos de Cochabamba, el movimiento rural de Acción Católica, los equipos de propagandistas de la doctrina social de la Iglesia, y dotando a todo plan para la lucha al semanario *Presencia*.

Ultimamente —para aclarar más las dudas— dos sucesos de gran resonancia vinieron a complicar más la reputación del gobierno. El primero consiste en las dificultades que ha venido encontrando el semanario católico *Presencia* desde hace varios meses, empezando por la negativa recibida de la Subsecretaría de Prensa y Propaganda del gobierno en respuesta a la petición de autorización para convertirse en diario, y culminando con el aparatoso allanamiento armado “en nombre del Ministerio de Gobernación” pocas horas después de que éste había decretado garantías para la libertad de prensa. . . . Pero más serio quizá, es el segundo, que consiste en la inminente reforma de la educación probablemente en sentido comunista. . . . Ya no se trata de una mera sospecha de complicidad del gobierno, podemos oír un juicio categórico de su culpabilidad. Efectivamente, dice al respecto Mons. Senner, Obispo de Cochabamba, al clausurar la Asamblea Nacional de Educación Católica: “¿Qué harán los católicos en el caso en que el gobierno quisiera encaminar la educación hacia la impiedad y el ateísmo?” Y añade que el comunismo “*ya está en el poder, si no oficialmente, por lo menos de hecho*”

La acusación es terrible. Basta que algunos de los miembros del gabinete sean camaradas y estén boicoteando las decisiones del ejecutivo, para que ya resulten enigmáticos los elogios a carga cerrada que con tan desmedido entusiasmo acaba de hacer del régimen boliviano el Presidente Electo de Costa Rica. Porque en fin, un gobierno así, si no por inmoral, por lo menos por incapaz de resistir los embates del comunismo, no parece merecer tal cúmulo de alabanzas que lo coloquen por encima de los demás del Continente. Si el Señor Figueres no quería vituperarlo, no tenía por qué irse al otro extremo: bastaba con que se callara. . . .

Pero habiendo hablado, no puede eludir estas preguntas: ¿Por qué, al emitir su juicio simultáneamente al de los Obispos sobre acontecimien-

tos actuales, opina Ud. de tan distinta manera que ellos? ¿Acaso quiere implantar en Costa Rica una democracia de ese género? No se olvide que va a regir los destinos de un pueblo católico, y que a éste le interesa vitalmente la ideología del gobernante.

Por eso Centro América entera —extensión natural de Costa Rica por la interdependencia ístmica— le reitera la pregunta: ¿Que entiende Ud. por democracia, S. Figueres?

● **¿Seremos capaces de autodefendernos contra el cine inmoral?**

“Cinelandia” se llama un teatro que ostenta un mediano edificio en esta ciudad de San Salvador. Es nuevo y trabaja totalmente fuera del circuito nacional de teatros de la capital. ¿Sus dueños? ¿Capitalistas tal vez que ansían enriquecerse con el dinero de gente incauta que acude a la exhibición de películas de muy bajo contenido moral? No queremos aventurar un juicio sobre las intenciones. Pero una cosa sí nos da mucho que pensar, y es que hasta la fecha sólo han servido al público espectáculos de moralidad dudosa. La queja la hemos recogido de boca de personas honradas, que se extrañaban del silencio de la prensa nacional acerca de tal anomalía. Huelga el comentario sobre el daño que hacen, cuando a diario lamentamos tantas miserias morales que se van descubriendo.

Lo que no podemos ocultar es nuestro asombro ante la impasibilidad de nuestro público y de nuestras autoridades. ¡Desgraciadamente no se nos pueden aplicar las palabras de Pío XII en un discurso pronunciado el 23 de marzo de 1949: “La lucha contra esta peste (cine inmoral) especialmente señalando sus manifestaciones a las autoridades, ha conseguido ya confortantes resultados”. Lo repetimos, se refería a otras naciones, ya que aquí nuestras autoridades, tan celosas de la formación de la niñez y juventud, tan empeñadas en purificar de escorias malsanas el ambiente, han cerrado sus ojos ante esta labor de destrucción de las pocas buenas costumbres que nos quedan.

Pero si las autoridades no actúan, debe actuar la sociedad. No olvidemos que la situación es extrema y que esa osadía de los empresarios y esa complicidad de los espectadores son síntomas claros de una anemia espiritual muy grande, que puede desembocar en grandes catástrofes nacionales... ¿Podrán cruzarse de brazos los buenos ciudadanos ante tan tremenda amenaza? Urge que se aúnen en una campaña organizada —los esfuerzos individuales se pierden “innominados” en el vacío—, a imitación de los católicos de otros países. “Gracias al cielo —proseguía diciendo Su Santidad— en algunas naciones, particularmente en las de mayor producción cinematográfica, los católicos trabajan metódicamente y con éxito feliz por la moralidad y dignidad de las películas”. (A.A.S., Vol. XXXI, p. 82). Se refiere aquí Su Santidad al esfuerzo productor de los mismos católicos —notable en los EE. UU., Francia, España e Italia— y a la llamada “Liga

de la Decencia", que cuenta ya con muchos millones de adeptos, católicos y no católicos, en Norteamérica y poco a poco se va extendiendo por todo el mundo.

Y a la verdad que por su sencillez, no menos que por la fuerza incomparable que le confiere la unión, la Liga de la Decencia es el método de autodefensa más indicado para los países débiles que carecen de industria cinematográfica. Porque el hecho de que millones de espectadores, en cumplimiento de un juramento que los mancomuna, le hagan, inexorablemente el boicot a una categoría determinada de películas, es el argumento más eficaz para persuadir a las casas productoras que esa clase de espectáculos no se deben presentar al público... ¡Si las razones éticas no siempre convencen, las comerciales doblegan infaliblemente las voluntades!

Pero para el éxito de la Liga hacen falta legiones de voluntarios, y para congregarlos, es menester reflexión y propaganda. Hay que crear un ambiente en el que se palpen la gravedad del peligro y la urgencia de medidas extremas, y en el que se sacrifique con gusto el afán de diversiones en aras de la salvación de la patria. Porque en definitiva, de eso se trata.

¿Seremos capaces de esa autodefensa contra el cine inmoral?

